



La Santa Sede

VIAJE APOSTÓLICO A BRASIL

ENCUENTRO DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II CON EL CARDENAL CARLOS MOTTA EN EL SEMINARIO DE «BOM JESUS»

Viernes 4 de julio de 1980

Eminentísimo cardenal y amado hermano:

1. Mi visita a Aparecida no quedaría completa si faltase este encuentro, aunque sea breve. Vuestra Eminencia está ligado a este sagrado lugar no solamente por casi veinte años de pastoralidad, sino también por las numerosas obras que llevan el sello de su actividad, siendo ciertamente la mayor de ellas esa majestuosa basílica que, con emoción de todos nosotros he tenido la alegría de consagrar esta mañana. Con Vuestra Eminencia, doy gracias a la Providencia divina que le concede la satisfacción de coronar junto a un santuario mariano su vida de sacerdote, comenzada junto a otro santuario mariano, en la entonces humilde iglesia que, en lo alto de la sierra de la Piedad, sirve de escriño a la venerada imagen de la madre de los Dolores, Patrona del Estado natal de Vuestra Eminencia, el querido Minas Gerais.

2. En vísperas del 16 de julio, fecha en que, bajo la mirada de Nuestra Señora del Carmen, Vuestra Eminencia celebrará los noventa años de su fecunda existencia, me gustaría evocar su larga vida de hombre de Iglesia: rector del seminario de Belo Horizonte, obispo auxiliar de Diamantina, arzobispo de San Luis de Marañón, arzobispo de São Paulo durante dos decenios, cardenal de la Santa Iglesia, arzobispo de Aparecida.

Quiero, al menos, asociarme a Vuestra Eminencia y a los millares de personas que recibieron el beneficio de su acción de sacerdote y de obispo, en una fervorosa. acción de gracias. Que sea portadora de nuestro «Te Deum laudamus» la Virgen Aparecida, de cuya devoción Vuestra Eminencia fue ardiente y sincero alentador.

3. Que la presencia de estos jóvenes que se preparan al sacerdocio pueda renovar constantemente en su espíritu la alegría y el fervor de su ejemplar ministerio sacerdotal. Le doy las gracias en nombre de muchos, por el ejemplo que Vuestra Eminencia siempre dio de fidelidad a la Sede Apostólica, de piedad sacerdotal, de amor a Dios y a la Iglesia.

Enhorabuena, señor cardenal. Que sea prenda de serenidad, esperanza y consuelo a lo largo de los años que el Señor quiera concederle, la bendición apostólica que, de todo corazón, quiero dar a Vuestra Eminencia.